

¿Tensiones en el panorama del pensamiento afrocubano?

María-I. Faguaga Iglesias
Antropóloga e historiadora
La Habana, Cuba

*Notas sucintas para el análisis
de una problemática añosa
y de actualidad*

Entre quienes nos interesamos en la temática de la afrocubanidad, ya va siendo impostergable la responsabilidad de definir la cartografía del pensamiento de/ sobre la afrocubanidad.

El desarrollo de ese pensamiento, incluso su propia existencia, ha padecido por décadas la ignorancia y/o la negación. Con su ilegalización fáctica se le forzaba a la clandestinidad y a la manifestación extramuros (entendiéndose como "muros" las costas isleñas).

Con el tiempo, se iría imponiendo la tendencia a tratar temáticas de la afrocubanidad como parte del (mal y cuestionablemente) denominado "folklor".

Llegaría a ponerse de moda hablar y escribir de la Santería o Regla Ocha-Ifá y de las religiones afrocubanas en general.

Hasta el presente persiste la negativa intencionalidad de abordar con honestidad los temas referentes a la polifacética problemática de la afrodescendencia, especialmente las aplicaciones institucionalizadas del racismo con el cual se le victimiza. Asunto fundamental que,

llegados al momento actual de insostenibilidad de su señalamiento y esencialmente para complacencia de organismos internacionales, se pretende mantenerlo en cotos cerrados de análisis tendientes a la parcialidad.

Con esas prácticas, la elaboración de pensamiento en profundidad sobre la afrocubanidad y por sus expositores sería sesgada en unos, especialmente en muchos de quienes quedaron en la Isla, e imposibilitada de concreción en otros, máxime entre las jóvenes generaciones.

A la larga, como todo proceso natural, las ideas que sobre/entre la afrocubanidad desarrollaran aquellos a quienes amordazarán intelectual y/o físicamente han venido emergiendo, sistematizándose y en ocasiones, articulándose. Esa articulación de ideas en el propio sujeto aún se expresa con predominio en intelectuales, artistas o activistas políticos.

Son todavía débiles las articulaciones entre esos sujetos, marcados estos por más de cinco décadas de presiones y represiones, desconfianzas, insidias y desidias políticamente estimuladas. Presiones y represiones, desconfianzas, insidias y desidias de peligrosa actualidad, aunque ya no siempre consiguen el propósito de coartar, amordazar e inutilizar a los sujetos, de cosificárselos e impedir su accionar.

Al Dr. Esteban Morales debemos un primer intento conocido de realización de la necesaria y urgente definición de la cartografía del pensamiento de/sobre la afrocubanidad. Empeño tan pertinente como el que más, su resultante padece de rigidez y de pobreza, aparece deformado y se muestra deformante. Lo cual es siempre peligroso, tanto más en una realidad compleja y rica en matices.

El mapaje del profesor Morales ostenta la simpleza de los esquemas “analíticos” producidos por una intelectualidad “orgánica” y pareciera que acostumbrada a subsistir en los constreñidos espacios de la atmósfera de Guerra Fría. Su reduccionismo clasificatorio y conceptual pudiera, a la par que ser obra de ansiedades, contribuir a generarlas. Según el modelo de los filmes de policías y bandidos, el esquema es de “buenos” y “malos”, de “revolucionarios” y “contrarrevolucionarios”, de “patriotas” y “agentes enemigos”.

Este mapaje se fundamenta en un discurso simultáneamente dirigido a contentar a los “aliados” y advertir a los “enemigos”. “Enemigos” cuya existencia natural no es lo importante. De cualquier manera quedan presentados como tales. Lo que supone que el “enemigo” ha sido subrepticiamente construido o se les construirá, aunque haya que inventarlo. No pocas veces ha sucedido esto entre cubanas y cubanos.

El discurso fundamentalizador de esquemas como ese consigue, entre otras razones por su unilateralidad excluyente, procrear enemigos y aniquilar amigos o, al menos, no ganarlos. Ese es discurso anclado en la disposición del poder monopolizado y pretendidamente eterno. No es, por lo mismo, un posicionamiento intelectual y político que deje oportunidades para el diálogo y la búsqueda de consensos. No es basamento en el cual afincarse para avanzar en la búsqueda y elaboración de un nuevo e imprescindible pacto social, que nece-

sariamente tendrá que ser negociado por las partes.

En fin, es un discurso de “orden y mando”, sin ocultamientos. Es preciso detenerse en su forma y en el tono de hábitos amenazantes. Según destila en su decursar, a quienes estemos en desacuerdo con sus planteamientos no nos quedaría más que callar y acatar, obedecer y cumplir. Esa es la tónica opresivamente paternalista expresada en el débil axioma de que siempre los mayores “quieren lo mejor” para los más jóvenes y saben, además, cómo conseguirlo. Lo que equivale a decir: imponiéndolo.

La violencia expresada en ese y otros discursos más o menos similares reflejan la necesidad y urgencia de deconstruir la violenta y esquemática cultura política que nos viene dominando como nación. Por ahí pasa la estimulación y promoción del pensamiento de la/sobre la afrocubanidad.

Promoción que, aunque todavía con timidez, viene sucediendo en una multiplicidad de niveles y con una diversidad de recursos, desde los considerados más o menos intelectuales hasta los prácticos, en los cuales se expresan una heterogeneidad de voces y más o menos consecuentes posicionamientos.

Esa diversidad es su riqueza. Cada voz y cada posición tienen, al menos, una razón de ser y les asiste a todas el derecho a existir. Otra cosa será si ganan o no legitimidad, lo cual estará en correspondencia con su sentido de la realidad. El derecho que no les asiste es pretender el monopolio de una verdad que es, como todas, polifacética, y cuya acogida será siempre diversa y puede que matizada.

Asumir la heterogeneidad de la elaboración intelectual de la/sobre la afrocubanidad y la afrodescendencia en general, suele facilitarse cuando nos deshacemos de la idea de (falsa) “unanimidad” políticamente exigida y temerosa y/o ingenuamente asumida.

“*Unanimidad*” que ha forzado al silencio y a la hipocresía, que no ha contemplado la discusión ni la oposición. “*Unanimidad*” lista para la lisonja, nunca para la crítica, a menos que la emprendiera el jefe máximo en sus periódicos y nunca realmente materializados proceso de “*rectificación de errores*”.

El reconocimiento de la heterogeneidad de pensamiento y de posicionamientos de la intelectualidad afrocubana sobre las temáticas que directamente le conciernen, por pertenencia etno-racial u otras, e incluso el reconocimiento de su derecho a negarse a participar asida al eje etno-racial, como el reconocimiento de la heterogeneidad de pensamiento y de posicionamientos sobre la afrocubanidad, necesariamente son parte de las dinámicas de inevitables e impostergables transformaciones endógenas y exógenas de la nación cubana.

A la par, aunque todavía con manifestaciones tímidas y manejadas desde el poder político, que intenta coartarlas, el reconocimiento de esa heterogeneidad son parte de las dinámicas de transformaciones de la afrodescendencia en su totalidad. Transformaciones ambas (nacionales y transnacionales) que corresponden a las dinámicas macro y micro de cambio de época, lo cual implica un cambio de mentalidades, que llevan inmersas tanto las realizaciones culturales llamadas “*de frontera*” como las transnacionalizaciones culturales, políticas, económicas y sociales, que a su vez transversalizan y son transversalizadas por los mencionados ejes.

Negar esa realidad no nos va a eximir de vivenciarla. Aunque constreñidamente, ya las vamos experimentando. En ese escenario, lo más beneficioso para las partes es el reconocimiento de la diversidad, también en el ámbito de la elaboración de pensamiento de/sobre la afrocubanidad. Siendo beneficioso para las

partes, lo será asimismo para la nación en construcción que somos.

En este escenario el reconocimiento de la multiplicidad de voces y de posicionamientos tiene inevitablemente que superar el momento de negación y ocultamiento de nuestra afrodiáspora (exiliada, emigrada y/o desterrada), cualquiera sea su signo político.

Tan necesario como lo anterior es el reconocimiento del sostenimiento por exponentes de la afrodiáspora de la problemática etno-racial. Sus sostenidos señalamientos sobre la temática y su disposición para el acercamiento y la articulación con sus compatriotas residentes en la Isla, han incidido en el vacilante reconocimiento por los gobernantes isleños.

Una acometida realista de la definición cartográfica del pensamiento de/sobre la afrocubanidad no deberá permitirse exclusiones escudadas en ningún motivo, tampoco ideológicos, etno-raciales, geográficos o generacionales, como hasta el presente ha venido sucediendo.

Un amplio repertorio bibliográfico sobre la problemática afro en general ha sido producido en el exterior. Es hora de que lo conozcamos diáfanaamente los de la Isla. Sin que tengamos para ello que violentar leyes. Sin que nos veamos expuestos a que nos lo decomisen cuando lo traemos del exterior o nos lo envían por correo.

Las obras de los hermanos Castellanos, Lydia Cabrera, Carlos Moore y Juan F. Benemelis, entre tantos y tantas más que desde el exilio y el destierro se han dado persistentemente al tratamiento de la temática, deberían contar como escenario natural para su difusión el suelo en que nacieron y del que nunca han renegado. La revista *ISLAS*, centrada en las problemáticas de la afrocubanidad, no debería tener circulación *cuasi* clandestina en esta Isla, que es donde por derecho propio

más interesa y donde más puede socialmente contribuir.

La producción intelectual de quienes desde Cuba abordamos la problemática, gusten o no sus resultados, deberían ver la luz en el espacio nacional que les da origen. Los talleres que en los últimos tiempos se realizan sobre la afrodescendencia cubana y sobre la discriminación antinegra entre cubanas y cubanos, merecen tanta promoción como no tienen. Deben contar con la participación de todas las partes, en diálogo franco y abierto.

Tienen tanto derecho a existir y expresarse con libertad, accediendo a los medios de difusión, la oficialista Comisión José Antonio Aponte y la oficiosa Cofradía de la Negritud como los opositores Comité Ciudadano de Integración Racial, la Fundación Afrocubana y el Movimiento de Integración Racial Juan Gualberto Gómez.

En una sociedad civil que pugna por ganar independencia, deberíamos estar psicológicamente preparados para aceptar la legitimidad de cada nueva agrupación (inspirada en cualquier problemática o interés social) que surja. Lejos de procurar eliminarlas, debería favorecerse su desempeño, lo cual redundaría en beneficio del debilitado tejido social.

La defenestración de los afrocubanos institucionalizados por expresar sus ideas al respecto con claridad y públicamente, debería ser motivo de vergüenza generalizada y de oposición a la medida, incluso si se estuviera en desacuerdo con lo expuesto por el sujeto. La acusación de “deseo de protagonismo” endilgada contra quienes se manifiestan meridianamente sobre la problemática, debería enfrentar la repulsa de todos y de todas.

Lamentablemente, no sucede una cosa ni la otra.

El momento para la articulación de una agenda sobre las problemáticas que atañen a la afrodescendencia, que debería ser de interés de la nación en su totalidad, es ya.

Pero ello no acontecerá mientras (interesadamente o no) se fomenten las tensiones y se mantengan las marginaciones y exclusiones. No acontecerá mientras insistamos en fabricar “enemigos”, incluso entre nosotros mismos. No acontecerá mientras primen el narcisismo y el interés individual por obtener prebendas sobre los traumáticos efectos de las fundadoras e institucionalizadas prácticas discriminatorias de todo tipo, también por motivos etno-raciales.